

La pluma reposaba sobre la palma de mi mano. Yo la sostenía con cuidado, pues era consciente de su antigüedad y delicadeza. A pesar del paso de los años, su blancura se mantenía intacta y el color púrpura de los bordes aún resplandecía.

—Pertenece al *houou*, el pájaro sagrado —me explicó Matsuda Shingen, el abad del templo de Terayama—. El ave se le apareció a Shigeru, tu padre adoptivo, cuando era un muchacho de tan sólo 15 años, más joven de lo que tú eres hoy. ¿Te habló de aquello alguna vez, Takeo?

Hice un gesto de negación con la cabeza. Matsuda y yo nos encontrábamos en su alcoba, situada en un extremo del claustro que rodeaba el patio principal del templo. Del exterior llegaba el alboroto de los preparativos para nuestra partida, que ahogaba los cánticos y el tañido de campanas habituales en el santuario. Yo escuchaba a Kaede, mi esposa, quien se encontraba al otro lado de la cancela departiendo con Amano Tenzo acerca de los problemas que supondría la alimentación de nuestro ejército durante la marcha. Nos disponíamos a viajar al gran dominio de Maruyama, en el Oeste, del que Kaede era legítima heredera; nuestra intención era reclamarlo y, si fuera ne-

cesario, luchar por su propiedad. Desde finales del invierno, numerosos guerreros habían acudido a Terayama a unirse a mis tropas y habíamos logrado reunir cerca de un millar de hombres, que se alojaban en el templo y en las aldeas circundantes. También contaba yo con los campesinos que habitaban en la comarca, quienes apoyaban mi causa firmemente.

Amano procedía de Shirakawa, la casa familiar de mi esposa, y era el más fiel de sus lacayos. Experto jinete, su habilidad con los animales resultaba excepcional. En los días que siguieron a nuestro matrimonio, Kaede y su doncella, Manami, demostraron una destreza considerable a la hora de manipular y distribuir comida y equipamiento. Trataban todos los asuntos con Amano, quien se encargaba de transmitir las decisiones a los soldados. Aquella mañana, el lacayo estaba contando las carretas de bueyes y los caballos de carga que teníamos a nuestra disposición. Intenté concentrarme en las palabras del abad, pero me encontraba inquieto y ansioso por iniciar la marcha.

—Ten paciencia —me aconsejó Matsuda con suavidad—. Sólo será cuestión de un momento. ¿Qué sabes acerca del *houou*?

Con desgana, volví a centrar mi atención en la pluma que tenía en la mano y me esforcé por recordar lo que Ichiro, mi antiguo preceptor, me había enseñado durante el tiempo en el que me había alojado en la casa del señor Shigeru, en Hagi.

—Según la leyenda, es el pájaro sagrado que hace su aparición en tiempos de justicia y paz, y se representa con el mismo signo caligráfico que los Otori, el clan al que pertenezco.

—Exacto —aprobó Matsuda, esbozando una sonrisa—. Sus apariciones son pocas, pues la justicia y la paz escasean en los tiempos que corren. A mi entender, cuando Shigeru vio el *houou* tomó la decisión de iniciar la búsqueda de tan preciados bienes. Yo le hice notar que las plumas del pájaro sagrado están teñidas de sangre, y ahora es la

propia sangre derramada por Shigeru la que nos impulsa a actuar a quienes creemos en su causa.

Contemplé la pluma más de cerca. Estaba colocada sobre la cicatriz de mi mano derecha, donde mucho tiempo atrás me había quemado. Sucedió en Mino, mi pueblo natal, el día en el que Shigeru me salvó la vida. Junto a la cicatriz se veía la línea recta característica de los Kikuta, la familia de la Tribu a la que yo pertenecía y de la que había huido el invierno anterior. Mi herencia, mi pasado y mi futuro parecían haberse reunido allí, en la palma de mi mano.

—¿Por qué habéis elegido este momento para mostrarme la pluma?

—Pronto te pondrás en camino. Has pasado el invierno con nosotros, dedicado al estudio y al entrenamiento con el propósito de prepararte para cumplir las últimas órdenes que Shigeru te encomendó. Mi deseo es que compartas la visión de tu padre adoptivo, que siempre recuerdes que su meta era la justicia; ésa es la meta que debes hacer tuya.

—Nunca lo olvidaré —prometí.

Hice una respetuosa reverencia y, sujetando la pluma con las dos manos, se la entregué al abad. Matsuda la recogió, inclinó la cabeza y devolvió la pluma a la pequeña caja laqueada de la que la había sacado. Yo permanecí en silencio mientras recordaba todo lo que Shigeru había hecho por mí y meditaba sobre la ardua tarea que tenía por delante si quería cumplir sus deseos.

—Ichiro me habló del *houou* cuando me enseñó a escribir mi nombre —comenté tras unos instantes—. Cuando le vi en Hagi el año pasado, me aconsejó que le aguardase aquí, en el templo; pero no puedo esperar mucho más tiempo. Debemos partir hacia Maruyama en menos de una semana.

Desde el deshielo de la nieve me encontraba preocupado por mi antiguo preceptor, pues tenía conocimiento de que los señores de los Otori, los tíos de Shigeru, deseaban apropiarse de mi casa de Hagi y de mis tierras. Sin embargo, Ichiro se negaba en redondo a entregarles mis posesiones.

Aún no lo sabía, pero Ichiro había muerto. Lo supe al día siguiente. Me encontraba conversando con Amano en el patio cuando oí ruidos que llegaban de la lejanía: gritos de desconocidos, el sonido apagado de hombres corriendo y el martilleo de cascos de caballo. Este último sonido resultaba tan extraño como inesperado, pues casi nadie subía hasta Terayama a lomos de su montura. Los visitantes ascendían el empinado sendero a pie; los enfermos y los ancianos eran acarreados por fornidos porteadores.

Para cuando, segundos más tarde, Amano escuchó aquellos ruidos, yo ya estaba corriendo hacia los portones del templo y llamaba a gritos a los guardias, quienes, con toda rapidez, empezaron a cerrar las puertas y a atrancarlas por dentro. Matsuda atravesó el patio con paso diligente. No portaba armadura, pero llevaba el sable bajo el cinturón. Antes de que pudiéramos articular palabra, desde la garita surgió una potente voz:

—¿Quién se atreve a cabalgar hasta las puertas del templo? ¡Desmontad y acercaos a este lugar de paz con el debido respeto!

Era Kubo Makoto, uno de los jóvenes monjes guerreros de Terayama, quien, en los últimos meses, se había convertido en mi mejor amigo. Corrí hasta la empalizada de madera y subí a toda prisa la escalera que conducía a la garita de los centinelas. Makoto señaló un agujero en la madera y, a través de la mirilla, divisé a cuatro jinetes. Habían ascendido la ladera al galope y en ese momento tiraban de las riendas para que sus caballos, agotados y jadeantes, se detuvieran. Los hombres iban armados de pies a cabeza y en sus yelmos se apreciaba con claridad el blasón de los Otori. Por un momento, pensé que tal vez fuesen mensajeros de Ichiro. Entonces, mis ojos repararon en la cesta atada al arzón delantero de una de las sillas de montar. El corazón me dio un vuelco, pues no era difícil adivinar lo que la cesta contenía.

Los caballos se encabritaban e intentaban retroceder. No sólo se encontraban exhaustos, sino también ate-

morizados y doloridos; dos de ellos mostraban graves heridas en las patas traseras. Por el angosto sendero empezó a llegar un reguero de campesinos furiosos, armados con hoces y palos. Reconocí a algunos de ellos: eran vecinos de la aldea más próxima. El guerrero situado en la retaguardia se dispuso a atacarlos y blandió su sable en el aire. Los hombres dieron un paso atrás; pero no se dispersaron, sino que se mantuvieron como una piña alrededor de los jinetes.

El jefe de los guerreros les lanzó una mirada de desprecio y, acto seguido, se plantó frente al portón y gritó:

—Soy Fuwa Dosan, del clan Otori de Hagi. Traigo un mensaje de mis señores Shoichi y Masahiro para un impostor que se hace llamar Otori Takeo.

Makoto respondió:

—Si sois mensajeros que acudís en son de paz, desmontad y abandonad vuestros sables. Entonces, abriremos las puertas.

Ya sabía yo cuál sería el mensaje y notaba cómo la cólera empezaba a nublar-me la vista.

—No es necesario —respondió Fuwa con desdén—, nuestro mensaje es breve. Dile a ese tal Takeo que los Otori no reconocen sus exigencias, y que éste es el trato que le dispensarán a él mismo y a todo aquel que le siga.

El jinete situado a un costado del cabecilla soltó las riendas de su caballo, abrió la cesta y de ella sacó lo que yo temía ver. Agarró la cabeza de Ichiro por la cabellera y la lanzó por encima de la muralla. La cabeza cayó con un golpe seco sobre la hierba del jardín tapizada de pétalos.

Saqué a *Jato*, mi sable, del cinturón.

—¡Abrid las puertas! —grité—. Voy a por ellos.

Bajé los escalones de dos en dos, seguido por Makoto.

Mientras las puertas del templo se abrían, los guerreros Otori hicieron girar a sus caballos y, sable en mano, empezaron a cargar contra los hombres que los rodeaban. Posiblemente consideraron que unos simples campesinos no se atreverían a hacerles frente. Yo mismo me sorprendí por lo que ocurrió a continuación. En lugar de apartarse, los al-

deanos se arrojaron con violencia contra los caballos. Dos de los campesinos murieron en el acto, decapitados por los sables de los guerreros; pero entonces se desplomó el primer caballo y la multitud se abalanzó sobre el jinete caído. Los demás guerreros corrieron la misma suerte. No tuvieron oportunidad de mostrar su habilidad con la espada, pues los campesinos los derribaron de sus corceles y los golpearon como a perros hasta que murieron.

Makoto y yo intentamos frenar a los aldeanos, mas sólo conseguimos restaurar la calma una vez que hubimos cercenado y colgado las cabezas de los guerreros en las puertas del templo. Los campesinos profirieron insultos contra los soldados muertos durante un buen rato; después, se encaminaron colina abajo al tiempo que aseguraban a gritos que si otros osaban acercarse al templo de Terayama para insultar al señor Otori Takeo, el Ángel de Yamagata, correrían la misma suerte.

Makoto temblaba de cólera; percibí que deseaba decirme algo, pero yo no disponía de tiempo. Regresé de inmediato al recinto del templo. Kaede había traído paños blancos y un cuenco de madera lleno de agua. Estaba arrodillada en el suelo, bajo los cerezos, y lavaba la cabeza con actitud serena. La piel se veía de un gris azulado; los ojos estaban entornados; el cuello no había sido cortado de forma limpia, sino que se apreciaban varios hachazos. Sin embargo, Kaede la sujetaba con tanta delicadeza como si se tratase de un objeto de belleza y valor incalculables.

Me arrodillé junto a mi esposa, alargué la mano y acaricié el cabello de Ichiro. A pesar de las canas, la muerte le hacía parecer más joven que la última vez que me había encontrado con él en la casa de Hagi. En aquella ocasión le había visto apesadumbrado y asediado por los fantasmas del pasado, pero también deseoso de ofrecerme su afecto y su consejo.

—¿Quién es? —preguntó Kaede en voz baja.

—Ichiro, mi maestro en Hagi; también fue preceptor de Shigeru.

Me sentía tan compungido que fui incapaz de proseguir. Los ojos se me cuajaron de lágrimas mientras me venía a la mente nuestro último encuentro. Ojalá le hubiera demostrado entonces todo mi respeto y agradecimiento. Me pregunté cómo habría muerto; ¿habría sido su muerte lenta y humillante? Deseé que aquellos ojos se abrieran, que aquellos labios inertes hablaran. ¡Cuán irrecuperables son los muertos! ¡Qué alejados se encuentran de nosotros...! Incluso cuando sus espíritus regresan, nunca hacen mención a sus propias muertes.

Yo nací y fui educado entre los Ocultos, quienes creen que sólo aquellos que siguen los mandamientos del dios secreto se encontrarán de nuevo en la otra vida, mientras todos los demás se consumirán en las llamas del infierno. No sabía yo a ciencia cierta si mi padre adoptivo había compartido tales creencias. Sin duda, estaba familiarizado con las enseñanzas de los Ocultos, ya que entonó sus oraciones a la hora de morir y también mencionó el nombre del Iluminado. Ichiro, su consejero y lacayo principal, nunca había mostrado señal alguna al respecto; más bien parecía contrario a los seguidores del Secreto. Desde mi llegada a Hagi, Ichiro había sospechado que Shigeru me había rescatado de la persecución que sufrían los Ocultos por parte del señor Iida Sadamu, y me había observado como un cormorán en busca de algún gesto que me delatara.

Yo ya no seguía las enseñanzas de mi niñez y me resultaba imposible creer que un hombre de la integridad y fidelidad de Ichiro fuera a arder en el infierno. Me sentía indignado ante la injusticia de aquel asesinato y caí en la cuenta de que tenía otra muerte más que vengar.

—Pagaron por ello con sus vidas —indicó Kaede—. ¿Por qué matar a un anciano y tomarse la molestia de acudir hasta el templo para entregarte su cabeza? —prosiguió, mientras lavaba los últimos restos de sangre y envolvía la cabeza en un paño blanco.

—Imagino que los señores de los Otori quieren provocar mi salida del templo —repliqué—. No desean atacar

Terayama; de hacerlo, se toparían con los soldados de Arai. Supongo que abrigan la esperanza de hacerme llegar hasta la frontera para enfrentarse allí conmigo.

Yo deseaba aquel encuentro para castigarlos de una vez por todas. Las muertes de los guerreros habían calmado momentáneamente mi cólera, pero notaba que ésta aún bullía en lo más profundo de mi corazón. Sin embargo, tenía que ser paciente: mi estrategia consistía en desplazarme a Maruyama en primer lugar y fortalecer allí mis tropas. Nadie iba a impedir que continuara con mis planes.

Hice una reverencia hasta tocar la hierba con la frente, en señal de despedida a mi maestro. Manami llegó desde los aposentos de invitados y se arrodilló a nuestras espaldas, a cierta distancia.

—Señora, he traído una caja —susurró.

—Dámela —ordenó Kaede.

Era una caja pequeña, elaborada con ramas de sauce y tiras de cuero teñidas de rojo. La tomó en sus manos y, al abrirla, surgió un intenso olor a aloe. Kaede introdujo en su interior el bulto envuelto en el paño blanco y colocó las flores de aloe a su alrededor. Entonces, puso la caja sobre el suelo y los tres hicimos otra reverencia en memoria de Ichiro.

Una curruca entonó su canto de primavera y un cuco respondió desde las profundidades del bosque; era el primero del año.

Celebramos los ritos funerarios al día siguiente y enterramos la cabeza de Ichiro al lado de la tumba de Shigeru. Ordené que se erigiera una lápida para mi antiguo preceptor. Me encontraba ansioso por saber qué habría sido de la anciana Chiyo y de los demás sirvientes de la casa de Hagi. Me atormentaba la idea de que la vivienda ya no existiera, que hubiera sido arrasada por el fuego. Me vinieron a la mente el pabellón del té, la sala de la planta superior —donde con tanta frecuencia nos habíamos sentado a contemplar el jardín— y el suelo de ruiseñor, tal vez ahora destruido y su canto silenciado para siempre. Sentí deseos de salir corriendo

hacia Hagi para reclamar mi herencia antes de que me fuera arrebatada, pero sabía que eso era precisamente lo que los Otori deseaban.

En el enfrentamiento a las puertas del templo, cinco campesinos habían perdido la vida en el acto; otros dos murieron más tarde. Dos de los caballos habían sido heridos y Amano los mató para evitarles mayores sufrimientos; los otros dos resultaron ilesos. Uno de éstos me gustaba en especial; se trataba de un hermoso semental negro que me recordaba a *Kyu*, el caballo de Shigeru; tal vez fuese hijo de la misma yegua. Ante la insistencia de Makoto, también celebramos los funerales de los guerreros con todos los ritos habituales, y rezamos para que sus espíritus, ofendidos ante una muerte tan innoBLE, no permanecieran entre nosotros para perseguirnos.

Aquel atardecer el abad se acercó al pabellón de invitados y estuvimos conversando hasta bien entrada la noche. Makoto y Miyoshi Kahei, uno de mis aliados y amigos procedentes de Hagi, se encontraban con nosotros. En cambio Gemba, el hermano menor de Kahei, había sido enviado a Maruyama para comunicar a Sugita Haruki, el lacayo principal, nuestra inminente partida. El invierno anterior, Sugita le había asegurado a Kaede que apoyaba su reclamación del dominio. Kaede no se reunió con nosotros —por varias razones; entre otras, porque ella y Makoto no se encontraban a gusto uno en presencia del otro y Kaede le evitaba siempre que le resultaba posible—, pero yo le había pedido previamente que se sentara tras la mampara para escuchar la conversación, pues deseaba conocer su opinión al respecto. En el breve periodo transcurrido desde nuestro matrimonio, había llegado a hablar con mi esposa como nunca antes lo hiciera con nadie. Había pasado tanto tiempo de mi vida en silencio que no me cansaba de compartir mis pensamientos con ella. Me fiaba de su juicio y su sabiduría.

—De modo que ahora estás en guerra —aseguró el abad—, y tu ejército ya ha tenido ocasión de enfrentarse a la primera escaramuza.

—¿Ejército? —se asombró Makoto—. Más bien una turba de campesinos... ¿Cómo vas a castigarlos?

—¿A qué te refieres? —repliqué.

—A los granjeros no les está permitido matar a los guerreros —explicó Makoto—. Cualquiera otro en tu situación los castigaría con crueldad. Serían crucificados, hervidos en aceite, quizá desollados vivos.

—Lo serán si los Otori los atrapan —masculló Kahei.

—Lucharon en mi nombre —tercié yo. En mi fuero interno, consideraba que los guerreros merecían aquel final ignominioso, aunque lamentaba no haberlos matado con mis propias manos—. No pienso castigarlos. En realidad me preocupa cómo protegerlos.

—Acabas de abrir la jaula de un ogro —sentenció Makoto—. Esperemos que consigas detenerlo.

El abad bajó la vista hasta el cuenco de vino que sujetaba en las manos y sonrió. Durante todo el invierno me había instruido en el arte de la estrategia y conocía mis sentimientos con respecto a los campesinos, porque yo le había relatado mis teorías sobre la toma de Yamagata y otras campañas militares.

—Los Otori quieren provocarme para que abandone el templo —le expliqué, al igual que había hecho antes con Kaede.

—Es cierto, no debes caer en esa tentación —replicó Makoto—. Como es natural, tu primer instinto es el ansia de venganza; pero, aunque derrotaras a su ejército en una confrontación, se batirían en retirada y regresarían a Hagi. Un asedio prolongado sería un desastre. La ciudad es prácticamente inexpugnable y antes o después tendrías que enfrentarte con las fuerzas de Arai a tu retaguardia.

Arai Daiichi era el señor de la guerra procedente de Kumamoto que había aprovechado el derrocamiento de los Tohan para hacerse con el control de los Tres Países. Estaba furioso conmigo a causa de mi desaparición junto a la Tribu el año anterior; aparte de eso, mi matrimonio con Kaede le habría enfurecido aún más. Arai contaba con un inmenso

ejército y yo no deseaba enfrentarme a él antes de fortalecer mis tropas.

—Por tanto, primero tenemos que ir a Maruyama, tal y como hemos planeado. Pero, si dejo el templo sin protección, los monjes y las gentes de la comarca pueden sufrir el castigo de los Otori —me lamenté.

—Podemos traer al templo a muchos hombres —rebatía el abad—. Tenemos armas y provisiones suficientes para defendernos de los Otori en caso de ataque, aunque personalmente no creo que llegue a producirse. Arai y sus aliados no renunciarán a Yamagata sin una lucha prolongada y muchos miembros de los Otori serían reacios a destruir este templo, lugar sagrado para el clan. En todo caso, estarán más preocupados por perseguirte a ti —Matsuda hizo una pausa; tras unos instantes, añadió con cierto matiz de reproche—: A la hora de librar una guerra hay que estar preparado para el sacrificio. Parte de tus hombres morirán en combate; si pierdes, muchos de ellos y tú mismo seréis asesinados de la forma más cruel. Los Otori no reconocen tu adopción, desconocen tu linaje; por lo que a ellos concierne, tan sólo eres un impostor, no perteneces a su clase. Por otra parte, tampoco puedes negarte al enfrentamiento, porque muchos morirían como resultado de tu decisión. ¡Hasta tus campesinos lo saben! Siete de ellos han muerto hoy, pero los que han sobrevivido no están tristes. Celebran su victoria sobre quienes te insultaron.

—Lo sé —dije, y miré fugazmente a Makoto.

Éste apretaba los labios con fuerza y, aunque su rostro no mostraba expresión alguna, yo percibía su desaprobación. Una vez más, tomé conciencia de mi debilidad como caudillo. Temía que Makoto y Kahei, criados según la tradición de la casta de los guerreros, llegasen a despreciarme.

—Nos unimos a ti por decisión propia, Takeo —continuó el abad—, debido a nuestra lealtad hacia Shigeru y porque consideramos que tu causa es justa.

Incliné la cabeza como señal de que aceptaba sus palabras de amonestación y juré que Matsuda nunca más se vería en la necesidad de hablarme de aquella forma.

—Pasado mañana partiremos hacia Maruyama.

—Makoto viajará con vosotros —informó Matsuda—. Como sabes, ha hecho de tu causa la suya.

Los labios de Makoto se curvaron ligeramente mientras aprobaba con la cabeza.

Más tarde, sobre la segunda mitad de la hora de la Rata, me encontraba a punto de acostarme junto a Kaede cuando escuché voces que provenían del exterior. Momentos después, Manami nos llamó para comunicarnos que un monje procedente de la garita de los guardias había llegado con un mensaje.

—Tenemos un prisionero —me informó cuando salí a encontrarme con él—. Le descubrieron escondido tras los arbustos situados al otro lado de las puertas del templo. Los guardias le persiguieron y le habrían matado allí mismo, de no ser porque mencionó tu nombre y aseguró que era de los tuyos.

—Iré a hablar con él —repliqué, al tiempo que recogía a *Jato*.

Sospechaba que se trataba de Jo-An, el paria. Me había visto en Yamagata cuando, por medio de la muerte, liberé a su hermano y a otros miembros de los Ocultos. Fue Jo-An quien me otorgó el apelativo de Ángel de Yamagata. Más tarde, el invierno anterior, me salvó la vida en mi desesperado viaje hacia Terayama. Le había dicho que enviaría a buscarle en la primavera y que debería esperar a tener noticias mías, pero él siempre actuaba de manera impredecible, por lo general en respuesta a los mandatos que, según decía, le imponía la voz del dios secreto.

Era una noche cálida y en el aire se apreciaba una humedad más propia del verano. Una lechuza ululaba desde el bosque de cedros. Jo-An estaba tumbado sobre el suelo, delante de las puertas del templo. Le habían amarrado toscamente, con las piernas dobladas bajo el cuerpo y las manos atadas a la espalda. Tenía el rostro sucio y manchado de sangre; el cabello, enmarañado. Movía los labios levemente,

mientras rezaba en silencio. Dos monjes le observaban desde una prudente distancia con expresión de desprecio.

Mencioné su nombre y, cuando abrió los ojos, percibí en ellos un destello de alivio. Al intentar ponerse de rodillas cayó hacia delante; al tener las manos atadas, la cara le golpeó contra el suelo.

—Desatadle —ordené.

Uno de los monjes advirtió:

—Es un paria. No debemos tocarle.

—Si es así, ¿quién le ha atado?

—En ese momento aún no nos habíamos dado cuenta —respondió el otro monje.

—Podéis limpiaros más tarde si lo deseáis. Este hombre me salvó la vida. ¡Desatadle!

De mala gana, se acercaron a Jo-An, le incorporaron y desataron las cuerdas. El paria se arrastró hacia delante y se postró a mis pies.

—Incorpórate, Jo-An —le pedí—. ¿Qué haces aquí? Te dije que mandarías a buscarte. Tienes suerte de que no te hayan matado... ¡Cómo se te ocurre aparecer en el templo de forma tan inesperada!

La última vez que había visto a Jo-An, mis ropas eran casi tan andrajosas como las que él llevaba ahora; entonces yo era un fugitivo, agotado y hambriento. De repente, tomé conciencia de mi lujosa túnica; de mi cabello, peinado al estilo de los guerreros; del sable bajo mi cinturón. Sabía que los monjes quedarían conmocionados al verme hablar con un paria. Una parte de mí se vio tentada a hacer que le expulsaran del templo, a negar que existiese relación alguna entre nosotros y, de esa forma, apartarle de mí. Si yo daba aquella orden a los guardias, le matarían de inmediato. No fui capaz. Jo-An me había salvado la vida; además, en honor a los lazos que nos unían —ambos procedíamos de los Ocultos—, no podía tratarle como a un paria, sino como a un hombre.

—Nadie me matará hasta que el Secreto me reclame —murmuró Jo-An, mientras levantaba los ojos y me miraba—. Hasta ese momento, mi vida te pertenece.

Sólo nos iluminaba la débil luz de la lámpara que un monje había traído de la garita, pero observé que los ojos de Jo-An ardían como brasas. Me pregunté, como otras tantas veces, si realmente estaba vivo, si acaso procedía del mundo de los muertos.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Tengo algo muy importante que decirte. Te alegrarás de que haya venido.

Los monjes se habían apartado para no contaminarse ante la presencia del paria, pero podían oírnos desde donde se hallaban.

—Tengo que hablar con este hombre —les comuniqué—. ¿Dónde podemos ir?

Los monjes se miraron el uno al otro con expresión de angustia, y el más mayor de ellos sugirió:

—¿Tal vez el pabellón del jardín?

—No hace falta que me acompañéis.

—Tenemos la obligación de proteger al señor Otori —terció el más joven.

—No estoy en peligro. Dejadnos solos y decidle a Manami que traiga agua, comida y té.

Hicieron una reverencia y se marcharon. A medida que atravesaban el patio empezaron a murmurar. Yo oí sus comentarios y suspiré.

—Ven conmigo —le indiqué a Jo-An.

Me siguió cojeando hasta el pabellón situado en el jardín, no lejos del estanque grande. El agua brillaba bajo la luz de las estrellas, y de vez en cuando un pez se elevaba en el aire y volvía a caer con un chapoteo. Más allá del estanque, las blancas lápidas de las tumbas se distinguían en la oscuridad. La lechuza volvió a ulular, esta vez desde más cerca.

—Dios me pidió que viniese hasta ti —explicó Jo-An una vez que nos hubimos instalado sobre el suelo de madera del pabellón.

—No deberías hablar de tu dios tan abiertamente —le regañé—. Estamos en un templo. Los monjes no tienen mayor aprecio por los Ocultos que los guerreros.

—Tú estás aquí —susurró Jo-An—. Eres nuestra esperanza y nuestra protección.

—Sólo soy una persona. No me es posible protegeros de todo un país.

Jo-An permaneció en silencio durante unos instantes. Entonces, sentenció:

—El Secreto piensa en ti, pese a que tú te hayas olvidado de él.

Yo no deseaba en absoluto que la conversación siguiera tales derroteros.

—¿Qué tienes que decirme? —pregunté, lleno de impaciencia.

—Los hombres que conociste el año pasado, los carboneros, estaban transportando a su dios de regreso a la montaña cuando los encontré en el camino. Me contaron que los ejércitos de los Otori se han desplegado y vigilan todas las carreteras de los alrededores de Terayama y Yamagata. Fui a comprobarlo por mí mismo. Hay soldados escondidos por todas partes. Te tenderán una emboscada en cuanto abandonen el templo. Si quieres salir de aquí, tendrás que abrirte camino luchando.

Jo-An me atravesaba con sus pupilas, atento a mi reacción. Yo me maldije a mí mismo por haberme demorado en el templo durante tanto tiempo. En todo momento había sido consciente de que mis armas principales serían la rapidez y el factor sorpresa. Debería haber iniciado la marcha días atrás, pero había pospuesto la partida en espera de noticias de Ichiro. Antes de mi matrimonio, noche tras noche me había dedicado a examinar las carreteras que rodeaban el templo en busca de enemigos; pero desde que Kaede se encontraba a mi lado no había tenido fuerzas para alejarme de ella. Ahora me encontraba atrapado por culpa de mi negligencia e indecisión.

—¿Cuántos hombres puede haber?

—Cinco o seis millares —replicó Jo-An. Yo apenas contaba con mil hombres—. Por tanto, tendrás que atravesar la montaña, como hiciste el invierno pasado. Existe un

camino que conduce al Oeste. Nadie lo vigila, porque el desfiladero está cubierto de nieve.

Los pensamientos me cruzaban la mente a toda velocidad. Yo conocía el camino al que Jo-An se refería: pasaba por el santuario donde Makoto había pensado quedarse el invierno antes de que yo apareciera de repente, camino del templo de Terayama. Varias semanas antes, rastreando el sendero, me había visto obligado a dar la vuelta cuando la nieve era demasiado espesa para proseguir. Medité sobre mis tropas: mis hombres, caballos y bueyes. Los bueyes nunca podrían seguir el camino; tal vez los hombres y los caballos sí pudieran hacerlo. Partiríamos de noche, de manera que los Otori creyeran que permanecíamos en el templo... Tendría que consultar al abad de inmediato e iniciar la marcha cuanto antes.

Mis reflexiones quedaron interrumpidas por Manami y el criado que la acompañaba. El hombre transportaba una vasija con agua y ella traía en una bandeja un cuenco con arroz y verduras y dos tazas de té. La doncella colocó la bandeja en el suelo mientras observaba a Jo-An con repugnancia, como quien mira a una serpiente. El hombre también reaccionó con consternación. Me pregunté por un instante si el hecho de que me asociaran con la casta de los parias me perjudicaría. Les pedí que nos dejaran solos, y se marcharon a toda velocidad. Mientras se alejaban en dirección al pabellón de invitados, Manami no dejó de murmurar comentarios de desaprobación.

Jo-An se lavó las manos y la cara; entonces, juntó las manos y se dispuso a entonar la primera oración de los Ocultos. Sin apenas darme cuenta, respondí a aquellas plegarias tan familiares para mí y al momento me invadió una oleada de irritación. Jo-An había vuelto a arriesgar su vida para traerme noticias de vital importancia, pero deseaba que mostrase mayor discreción y entendí que el paria me supondría una pesada carga.

Cuando terminó de comer, le aconsejé:

—Más vale que te marches; tienes un largo camino por delante.

Él no respondió, sino que permaneció sentado, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, en la posición de escucha que ya me resultaba familiar.

—No —contestó por fin—. Te acompañaré.

—Es imposible. No te quiero a mi lado.

—Dios sí lo quiere —replicó Jo-An.

No había forma de convencerle de que se marchara. Podía matarle o encerrarle, mas sería injusta recompensa por la ayuda que me había prestado.

—Muy bien —accedí—, pero no puedes alojarte en el templo.

—No —convino Jo-An dócilmente—. Tengo que ir a recoger a los demás.

—¿Los demás?

—El resto de nosotros, los que me han acompañado; tú conoces a algunos de ellos.

Yo había visto a aquellos hombres en la curtiduría situada junto al río, donde trabajaba Jo-An; nunca olvidaría la forma en la que me miraron, con ojos ardientes como ascuas, suplicando justicia y protección. Recordé la pluma del *houou*. Yo también tenía que buscar la justicia, como Shigeru, para honrar su memoria y para ayudar a aquellos desdichados.

Jo-An juntó las manos de nuevo y dio gracias por los alimentos. Un pez saltó del agua en medio del silencio.

—¿Cuántos hombres viajan contigo? —pregunté.

—Unos 30. Están escondidos en las montañas. Durante las últimas semanas han cruzado la frontera uno a uno, o de dos en dos.

—¿Es que no hay guardias en la barrera?

—Se han producido algunas escaramuzas entre los Otori y los hombres de Arai. Por el momento, las hostilidades han cesado y las fronteras están abiertas. Los Otori han dejado claro que no desean desafiar a Arai y que tampoco se proponen recuperar Yamagata. Su única intención es acabar contigo.

Daba la impresión de que eran muchos los que tenían mi muerte por objetivo.

—¿Los apoya el pueblo? —pregunté.

—¡Desde luego que no! —exclamó Jo-An con impaciencia—. Ya sabes que el pueblo apoya al Ángel de Yamagata. Todos nosotros lo hacemos y es por ello que hemos venido hasta aquí.

Yo no deseaba que los parias me apoyaran, la verdad; pero su valentía me impresionaba.

—Gracias —musité.

Jo-An sonrió, y al dejar al descubierto los huecos de su dentadura me vino a la mente la tortura a la que le habían sometido por mi causa.

—Nos encontraremos contigo al otro lado de la montaña. Allí te darás cuenta de que nos necesitas.

Hice que los guardias abrieran el portón del templo y me despedí de Jo-An. Me quedé mirando su silueta pequeña y encorvada mientras se adentraba en la oscuridad. Desde el bosque llegó el aullido de un zorro, que recordaba al de un espíritu atormentado. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Jo-An parecía estar guiado y mantenido por algún poder sobrenatural. Como a un niño supersticioso, aquella fuerza me asustaba.

Regresé al pabellón de invitados invadido por el desasosiego. Me quité la ropa y, a pesar de lo tardío de la hora, le pedí a Manami que se la llevase para lavarla y purificarla y que, a continuación, acudiese al pabellón de baños. Manami me restregó el cuerpo a conciencia y después me quedé sumergido en el agua durante 10 o 15 minutos. Tras ponerme ropas limpias, envié a la criada a buscar a Kahei para que le preguntase al abad si podía recibirme. Era la primera mitad de la hora del Buey.

Me encontré con Kahei en el corredor, le expuse brevemente las noticias y en su compañía me dirigí a los aposentos de Matsuda, tras darle la orden a un criado de que fuese a avisar a Makoto al templo, donde se encontraba guardando la vigilia nocturna. Llegamos a la decisión de que partiríamos lo antes posible con todas nuestras tropas, con la excepción de un reducido destacamento de jinetes, que permanecería en Terayama un día más para combatir en la retaguardia.

Kahei y Makoto se dirigieron sin dilación a la aldea situada más allá de las puertas del templo para despertar a Amano y al resto de los hombres, de modo que empezasen a empaquetar los alimentos y el equipaje. El abad envió criados a informar a los monjes, pues no deseaba hacer doblar las campanas a tan altas horas de la noche por si pudieran alertar al enemigo. Yo acudí a reunirme con Kaede.

Ella me estaba esperando vestida con su túnica de dormir. Su cabello suelto le caía por la espalda como un segundo manto; el intenso color negro resaltaba contra el tejido marfil de sus ropas y la palidez de su rostro. Como siempre, al contemplarla me faltó la respiración. Cualquiera que fuese nuestro destino, nunca olvidaría aquella primavera que habíamos pasado juntos. Mi vida parecía estar repleta de bendiciones de las que no era digno; Kaede era la mayor de todas ellas.

—Manami me ha dicho que un paria vino al templo y que hablaste con él.

Su voz denotaba tanta conmoción como la mostrada por su criada con anterioridad.

—Sí, se llama Jo-An. Le conocí en Yamagata.

Me desvestí, me puse la túnica de dormir y me senté frente a Kaede; nuestras rodillas se tocaban. Sus ojos me escrutaron el rostro.

—Pareces agotado. Ven a tumbarte.

—Lo haré; debemos intentar dormir unas horas. Partiremos al alba. Los Otori han rodeado el templo y tendremos que atravesar la montaña.

—¿Te trajo el paria esa noticia?

—Arriesgó su vida para hacerlo.

—¿Por qué? ¿Cómo le conociste?

—¿Recuerdas el día en que llegamos al templo junto al señor Shigeru? —pregunté.

Kaede sonrió.

—Nunca lo olvidaré.

—La noche anterior yo había escalado los muros del castillo para ofrecer el consuelo de la muerte a los prisione-

ros que estaban allí colgados. Perteneían a los Ocultos. ¿Has oído hablar de ellos?

Kaede asintió.

—Shizuka me contó algunas cosas. Los Noguchi también los torturaban de la misma manera.

—Uno de los hombres que maté era el hermano de Jo-An, quien me vio cuando salí del foso del castillo y creyó que era un ángel.

—El Ángel de Yamagata —exclamó Kaede pausadamente—. Cuando regresamos aquella noche, todos hablaban de él.

—Más tarde volvimos a encontrarnos; nuestros destinos parecen estar ligados de alguna forma. El año pasado me ayudó a llegar hasta aquí. De no haber sido por él, habría muerto a causa de la nieve. Por el camino me llevó hasta una mujer sagrada que me habló sobre mi vida.

Yo no le había contado a nadie, ni siquiera a Makoto ni a Matsuda, las palabras de la profetisa; pero sentí deseos de compartirlas con Kaede. En voz baja, le expliqué algunas de las cosas que la anciana me había dicho: que en mí se mezclaban tres sangres diferentes; que había nacido entre los Ocultos pero mi vida ya no me pertenecía; que estaba destinado a gobernar de costa a costa en un ambiente de paz, cuando la tierra cumpliera el deseo del cielo. Yo me había repetido a mí mismo estas palabras una y otra vez y, como he mencionado anteriormente, a veces creía en ellas y otras veces no. Le conté a Kaede que cinco batallas nos traerían la paz y que ganaríamos cuatro pero perderíamos una. No le comenté, sin embargo, que yo moriría a manos de mi propio hijo. Me dije a mí mismo que era un peso demasiado terrible como para trasladárselo, aunque lo cierto era que no deseaba compartir con mi esposa otro secreto que hasta entonces le había ocultado: que una muchacha de la Tribu llamada Yuki, la hija de Muto Kenji, estaba embarazada de un hijo mío.

—¿Naciste entre los Ocultos? —preguntó Kaede, asombrada—. ¡Pero si Shizuka me contó que la Tribu te reclamó a causa de la sangre de tu padre!

—Cuando Muto Kenji acudió a casa de Shigeru, reveló que mi padre era un Kikuta de la Tribu. Kenji desconocía, al contrario que Shigeru, que mi padre también llevaba sangre Otori.

Yo ya le había mostrado a Kaede los documentos que confirmaban aquel hecho. El padre de Shigeru, Otori Shigemori, era mi abuelo.

—¿Y tu madre? —preguntó Kaede en voz baja—. Si no te importa contarme...

—Mi madre pertenecía a los Ocultos. Yo fui criado entre ellos. Mi familia fue masacrada en Mino, nuestra aldea, por los hombres de lida; también me habrían matado a mí si Shigeru no me hubiese rescatado —hice una pausa, y entonces hablé del suceso que aún me partía el corazón—: Yo tenía dos hermanas pequeñas, de siete y nueve años de edad. Imagino que también las asesinaron.

—¡Qué horror! —exclamó Kaede—. Yo siempre temo por mis hermanas. Confío en que podamos enviar a buscarlas cuando lleguemos a Maruyama. Rezo para que se encuentren a salvo.

Yo permanecí en silencio, pensando en Mino, donde todos nos habíamos sentido tan seguros.

—¡Qué vida tan extraña la tuya! —prosiguió Kaede—. Cuando te conocí, tuve la impresión de que ocultabas todo lo referente a ti. Observaba cómo te apartabas a algún lugar oscuro y secreto y deseaba seguirte hasta allí. Quería saberlo todo acerca de ti.

—Te lo contaré todo, pero ahora debemos tumbarnos y descansar.

Kaede retiró la manta y nos acomodamos sobre el colchón. La tomé entre mis brazos y desaté nuestras túnicas para sentir el roce de su piel contra la mía. Kaede elevó la voz para decirle a Manami que apagase las lámparas. El olor a humo y a aceite permaneció en la habitación una vez que los pasos de la criada hubieron desaparecido.

Para entonces yo conocía todos los sonidos nocturnos del templo: los periodos de calma absoluta, interrumpi-

dos a intervalos regulares por el sonido amortiguado de las pisadas de los monjes a medida que se levantaban en la oscuridad y acudían a entonar sus oraciones; los cánticos en voz baja; el tañido repentino de una campana. Pero aquella noche el habitual y melodioso ritmo de Terayama se había perturbado por el rumor de pasos que iban de un lado a otro sin descanso. Me sentía inquieto, pues consideraba que debería ayudar en los preparativos; pero al mismo tiempo no deseaba apartarme de Kaede. Ella susurró:

—¿Qué significa ser uno de los Ocultos?

—Yo fui educado con ciertas creencias, que en su mayoría hoy no cumplo.

A medida que estas palabras salían de mi boca, noté que el vello de la nuca se me erizaba, como si un aliento frío hubiera pasado sobre mí. ¿Era verdad que yo había abandonado las doctrinas de mi niñez? Antes que renunciar a aquellas mismas creencias, mi familia había muerto.

—Dicen que lida castigo al señor Shigeru porque pertenecía a los Ocultos, al igual que mi pariente, la señora Maruyama —murmuró Kaede.

—Shigeru nunca me habló de ello. Conocía las oraciones y las entonó a la hora de su muerte, pero sus últimas palabras se las dedicó al Iluminado.

Hasta aquel día apenas había meditado sobre las últimas palabras de mi padre adoptivo, pues quedaron borradas por los terribles acontecimientos que vinieron a continuación y por el abrumador sufrimiento que me embargó tras su muerte. De repente, por vez primera, enlacé las palabras de la profetisa y las de Shigeru. “Todos son uno”, había dicho la anciana. De modo que Shigeru había creído lo mismo... Escuché otra vez la serena risa de la profetisa y vi cómo Shigeru me sonreía. Me invadió la sensación de que algo muy profundo me había sido revelado, algo que yo no era capaz de expresar con palabras. El asombro casi me cortó la respiración. Por mi mente silenciosa empezaron a desfilar imágenes a toda velocidad: la serenidad de Shigeru a la hora de su muerte; la compasión de la anciana; mi propia

admiración y emoción el primer día que llegué a Terayama; la pluma de bordes rojos del *houou* sobre la palma de mi mano... Entonces, vi la realidad que se escondía tras las doctrinas y las creencias, descubrí cómo la ambición de los humanos mancilla la verdad de la vida, entendí con lástima cómo todos estamos coaccionados por el deseo y la muerte: el guerrero, el paria, el sacerdote, el campesino o el mismísimo emperador. ¿Qué nombre podría otorgársele a tal verdad? ¿Cielo? ¿Dios? ¿Destino? ¿O acaso adquiriría un millar de nombres, los nombres de los innumerables espíritus ancestrales que, según creen algunos, habitan este mundo? Todos ellos eran rostros de aquello que carecía de rostro, expresiones de lo que no puede expresarse, partículas de la verdad, nunca la verdad completa.

—¿Y la señora Maruyama? —preguntó Kaede, sorprendida por mi prolongado silencio.

—Creo que tenía fuertes creencias, pero nunca hablamos sobre ellas. Cuando la conocí, me dibujó en la mano el símbolo de los Ocultos.

—Enséñame lo —me pidió Kaede con un hilo de voz. Y yo tomé la mano que me ofrecía y marqué el signo sobre la palma.

—¿Son peligrosos los Ocultos? ¿Por qué todos los odian?

—No son peligrosos. Tienen prohibido matar, y por eso nunca se defienden de los ataques. Creen que todos somos iguales a los ojos de su dios y que el Secreto los juzgará una vez que hayan muerto. Grandes señores, como lida, odian esta doctrina. Casi toda la casta de los guerreros la aborrece. Si todos fuéramos iguales y Dios lo contemplase todo, no sería posible maltratar a los demás. Si todos pensarán como los Ocultos, el mundo que hoy conocemos cambiaría por completo.

—¿Crees tú en sus enseñanzas?

—No creo que exista un dios como el que ellos veneran, pero sí pienso que todos tendríamos que ser tratados como iguales. Parias, campesinos y Ocultos deberían ser

protegidos de la crueldad y el ansia de poder de la casta militar. Mi intención es aceptar a todo aquel que desee ayudarme. No me importa si se trata de campesinos o de parias; los uniré a mis tropas.

Kaede no respondió, e imaginé que tales ideas le resultaban extrañas e inaceptables. Yo ya no creía en el dios de los Ocultos, pero sus enseñanzas habían dejado huella en mí. Me vino a la mente la actitud de los campesinos a las puertas del templo, cuando atacaron a los guerreros Otori. Yo aprobé su actitud porque los veía como iguales, pero Makoto se había escandalizado y ofendido. ¿Tenía él razón? ¿Estaba yo quitando las cadenas a un ogro que nunca más volvería a controlar?

Kaede dijo con voz calmada:

—¿Creen los Ocultos que los hombres son iguales a las mujeres?

—Sí lo son a los ojos de su dios. Por lo general, los sacerdotes son hombres; pero si no existe un varón de la edad indicada, la mujer más anciana de la aldea pasa a ocupar su lugar.

—¿Me permitirías luchar en tu ejército?

—Eres muy hábil y, si fueras cualquier otra mujer, me encantaría combatir a tu lado, como hicimos en Inuyama. Pero eres la heredera de Maruyama. Si murieses en combate, nuestra causa estaría perdida. Además, yo nunca podría soportarlo.

Abracé a Kaede y enterré la cara entre su cabello. Había algo más que tenía que comunicarle. Tenía que ver con la doctrina de los Ocultos y era algo que la casta de los guerreros encontraba incomprensible: está prohibido quitarse la vida. Susurré:

—Aquí hemos estado a salvo. Una vez que nos marchemos, todo será diferente. Confío en que podamos permanecer juntos, pero habrá ocasiones en las que tendremos que separarnos. Son muchos los que desean mi muerte, pero no moriré hasta que se cumpla la profecía y en nuestras tierras, que se extenderán de costa a costa, reine la paz.

Quiero que me prometas que, pase lo que pase, a pesar de las noticias que te lleguen, no creerás que yo he muerto hasta que lo compruebes con tus propios ojos. Prométeme que no te quitarás la vida hasta que no veas mi cadáver.

—Lo prometo —respondió ella en voz baja—. Y deseo que tú hagas lo mismo.

Yo le hice el mismo juramento. Cuando se durmió, permanecí tumbado en la oscuridad y medité sobre lo que me había sido revelado. Se me había encomendado una misión: conseguir un país en el que reinaran la paz y la justicia, donde el *houou* no apareciese esporádicamente, sino que construyese su nido y, junto a sus polluelos, permaneciese para siempre.

33

繼者歐芸會存陽詢書法青